



le Sylvia Iparraguirre

La Tierra del Fuego, puede ser cualquier otro lugar del mundo que haya sufrido la intromisión de foráneos en busca de fama y fortuna. Invasiones hubo muchas, pero en pocas se dejó de lado la explotación y la insaciable sed de riquezas, para interesarse de lleno por los aborígenes, y menos aún, para desear su bien, aunque sin tener la menor idea de cómo procurárselos.

Pero claro, cómo podían europeos «civilizados» entender que un yámana, un inca o un azteca, tan sólo deseaban libertad, y que se les permita ser como eran y vivir como vivían. Si casi no podían concebir que estos seres tenían alma, ¿cómo aceptar entonces que preferían seguir descalzos, analfabetos y sin conocer la rueda ni la pólvora?

Así es La Tierra del Fuego, un pequeño punto de la real historia de una de las tantas colonias americanas, desde la vida de un marino joven que se lanza a la mar como única opción de vida, como el Jim Hawkings de Stevenson, está finamente elaborada, y sin pecar de adoctrinadora, deja muchas interrogantes abiertas antes poco vistas en géneros literarios ¿se habrán, los ingleses dado cuenta del daño que hicieron llevando al diablo a un pueblo donde éste jamás existió?

El recalcitrante catolicismo del capitán, el rebelde y peligroso escepticismo de Darwin, la nobleza y sabiduría de Button, y el coraje y buena voluntad de Guevara, hilvanan una entretenida trama que de fondo pretende desentrañar más que esos misterios mundanos. Pretenden, quizá, cuestionar el porqué del tiempo perdido, de las tardías reacciones, del horrendo salvajismo (no de los bárbaros habitantes del Nuevo Mundo), el porqué de la suerte y destino de las personas, el porqué del gigantesco desencuentro de dos mundos que hoy, globalizados, aún no logran hallarse.

También muy acertadamente, Iparraguirre nos muestra el mundo del inmigrante, el inmigrante de hace dos siglos, pero, ¿en qué diferente al actual?. Añoranza, dolor, marginamiento, sintió Guevara meztizo en tierras extrañas, imaginémonos a Button que de un mínimo y práctico taparrabos, pasó a incómodos y complicados traje, guantes, sombreros, zapatos que jamás comprenderán la anatomía de un hombre hecho y criado en directa y única relación con la tierra que lo vio nacer.

¿Qué diferencia puede haber entre Button y un morocho discriminado y perseguido en cualquier gran capital del primer mundo de hoy?, entre ese aborígen que era visto como animal y este hombre que trabaja como tal, entre el indio que divertía a los señores, y el extranjero que perjudica y quita empleo a los locales

Sylvia Iparraguirre, argentina, rubia de ojos claros, como la mayoría de sus compatriotas, fruto de la mezcla transoceánica, crea un singular argumento, con paisajes, escenarios y personajes -uno de ellos, el principal, con el mismo apellido del más famoso de todos los argentinos- muy adecuados, justos y llevaderos, para encadenar situaciones que, como ya lo dijimos, pueden descubrir más de lo que ella misma pretendió.

Tal vez, experimentar es la palabra clave, experimentar querían los

ingleses con los nativos, experimentar quería Guevara con su propia vida, experimentó premonitoriamente Button la suerte de millones de congéneres.

Queda ahora para cada uno, la experiencia de esas 285 páginas de agradable, ligera y definitivamente válida lectura.

Las peripecias de Guevara junto a Button, Fuegia y York, los tres yámanas en Londres, su regreso a su ambiente, el descubrimiento de nuestro protagonista del encanto femenino y de su singular identidad, la fantástica inclusión de un personaje por demás interesante como Charles Darwin, las causas, los orígenes y desenlaces del juicio, y el real sentido de la historia, son suficientes para que esta obra realmente merezca ser leída.

Lo de la matanza y de Graciana, es mejor que lo sepan ustedes mismos, cuando lean La Tierra del Fuego de Sylvia Iparraguirre.



La autora

Sylvia Iparraguirre nació en Junín, provincia de Buenos Aires, el 4 de julio de 1947. Es profesora de letras modernas en la universidad de Buenos Aires (UBA), desde 1986, trabaja en el Instituto de Literatura Hispanoamericana de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, y es investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), dedicándose al estudio de la sociolingüística y la obra del pensador ruso Mijaíl Bajtín.

Participó en la revista literaria El Escarabajo de Oro, y fue cofundadora de la revista de literatura El Ornitorrinco. Publicó dos libros de cuentos: El invierno en las ciudades (1988), que obtuvo el Primer Premio Municipal de Literatura, y Probables lluvias por la noche (1993). Las novelas: El parque (1996) y La Tierra del Fuego (1998).